



Relato de ©José Javier Abasolo. Todos los derechos reservados.

Portada de ©Josevi Blender

Edición: ©Revista MoonMagazine

Todos los artículos y textos de Revista MoonMagazine están sujetos a derechos de propiedad intelectual. Está prohibida su utilización (descargas, copias, duplicados y capturas) en cualquier medio sin el consentimiento expreso y por escrito de los autores y de la revista. Copyright MoonMagazine.info © Todos los derechos reservados.

LA VIRGEN DE LOS TXIKITEROS

Por José Javier Abasolo

¿De verdad he podido caer tan bajo?

Eso fue lo primero que me vino a la cabeza cuando escuché la proposición de un viejo amigo de mi padre, Isidoro. Y cuando digo viejo no estoy exagerando. De vivir,⁴ mi padre tendría ahora noventa años, así que aun suponiendo que el hombre que estaba sentado enfrente de mí en la habitación de mi domicilio que me servía de despacho fuera algo más joven que mi progenitor, los ochenta y siete u ochenta y ocho tacos no se los quitaba nadie.

Hacía mucho tiempo que no le veía, pero siempre me había parecido un buen tipo. Se apellidaba Garmendia por lo que los chavales que lo conocíamos solíamos cantarle una coplilla popular que estuvo de moda hacía un tiempo, «A Isidoro Garmendía / Le persigue la policía / Por gritar “Gora la ETA” en la calle Tendería / Isidoro Garmendía debía de suponer / Que la porra en la cabeza le tendría que doler», pero como era un hombre afable nunca se lo tomaba a mal, incluso nos regalaba algunos caramelos que siempre llevaba en los bolsillos por si se encontraba con nosotros. Sí, Garmendia era, como ya he dicho, un hombre afable que nunca perdía su buen humor. Un hombre cordial y campechano, siempre dispuesto a pagar una ronda. Porque, por encima de todo, era un auténtico txikitero. Quizás uno de los últimos que todavía quedaban en Bilbao.

La costumbre del txikiteo se ha perdido prácticamente. Y quizás sea así mejor. Por muy entrañable que fuera no dejaba de ser un reducto de otra época, en la que el machismo, e incluso la ingesta excesiva de alcohol, eran aceptados por la sociedad bilbaína, y vasca en general, sin ningún problema. No quiero decir con eso que todos los txikiteros fuesen alcohólicos o machistas, ni mucho menos, pero tampoco era algo infrecuente. De hecho, jamás vi a Garmendia —ni a mi padre, para ser justos— borrachos. Supongo que como a todo el mundo, a mí me ha ocurrido en más ocasiones de las que me gustaría recordar, habrían cogido sus buenas tajadas, pero puedo

afirmar sin caer en el nefasto pecado de la mentira que yo jamás les vi borrachos. Sin embargo, tenía que estarlo para haberse sentado ahí, en la silla colocada ex profeso delante de mi mesa para disfrute de los clientes, y hacerme esa propuesta.

—Goiko Bis estaría orgulloso de ti —me dijo, con evidente ánimo de hacerme la pelota, totalmente ajeno a mis pensamientos. Mi padre se apellidaba Goikoetxea Goikolea, por eso en la cuadrilla le llamaban Goiko Bis. Afortunadamente el primer apellido de mi madre no empezaba de esa manera por lo que pude librarme de heredar ese estigma. Bastante tenía con los que me había generado a pulso, a lo largo de mi existencia, como para cargar con uno heredado.

«Sí, habría estado orgulloso —continuó hablando—. Todo un ertzaina, de los primeros de su promoción. Y ahora, el detective más respetado de todo Bilbao. Sí, Mikel Goikoetxea, el hijo de mi amigo Goiko Bis. Seguro que desde el cielo te estará contemplando contento y feliz».

En el caso de que existiese un cielo, y en el caso también de que los abogados golfos, mujeriegos, caraduras y simpáticos tuvieran cobijo en él, dudo mucho que estuviese mirando en mi dirección y, sobre todo, que se enorgulleciera de que hubiese acabado trabajando como detective privado en lugar de haberme hecho cargo de su bufete. Aunque quién sabe, quizás Garmendia tuviese razón. El viejo Goiko Bis no fue un mal padre, después de todo. Era bastante tolerante y comprensivo y yo, si mis recuerdos no me engañan, fui un niño querido y feliz.

¡Mierda!, pensé de repente. Estaba cayendo en el chantaje sentimental. Garmendia sería viejo, pero no tonto.

—¿Te he contado que fuimos fundadores, casi en la clandestinidad, de una de las primeras ikastolas de Bilbao, cuando el euskera estaba prácticamente prohibido? ¿Y cómo cruzábamos la muga para traer desde Iparralde la propaganda clandestina? Nosotros dos y Apodaka, el que luego fue notario. Éramos como los tres mosqueteros, pero en vascos. Bien mirado D'Artagnan era gascón y ya sabes que gascones y vascones somos primos hermanos.

Lo que me faltaba, que hablara de Apodaka, el tercer tenor en discordia. No podía quejarme de él, porque a su muerte me convirtió en el benefactor de su inmenso patrimonio. El que ese patrimonio, como supe casi al mismo tiempo de su fallecimiento, se hubiera forjado de un modo no totalmente lícito, era otra cuestión. De todos modos no renuncié a la herencia, así que asunto zanjado. Por suerte Garmendia jamás llegó a conocer el modo en que su viejo compañero de aventuras clandestinas amasó su fortuna y por mí no lo iba a saber, por supuesto, pero aun así

había llegado el momento de bajarle de su nube y hacer que posara sus nonagenarios pies en tierra firme.

—Sí, tanto tú como mi padre, y hasta el mismísimo Apodaka me lo habéis contado mil veces. No quiero ser grosero —añadí, al ver cómo su rostro, sempiternamente risueño, se ponía serio—, ya sabes que me gusta oírte hablar de los viejos tiempos, y que estoy dispuesto a volver a escuchar vuestras heroicas hazañas del pasado en cualquier taberna del Casco Viejo, delante de una buena cazuela de txipirones y una botella de rioja, pero no puedo ocuparme de ese asunto. Entiéndelo, Garmendia.

—Sí, lo entiendo —respondió mirándome fijamente, sin pestañear. Supongo que un hombre que había sobrevivido a la lucha clandestina en los peores años del franquismo no iba a dejarse intimidar por un exertzaina venido a menos—. Es poco para ti. Espero que en estos momentos el bueno de Goiko Bis esté persiguiendo a una rolliza ángel de género femenino en lugar de mirar a la Tierra en dirección a su hijo.

—Coño, Garmendia, que no se trata de eso —empecé a sudar. Joder, me había pasado la mitad de mi vida persiguiendo a endurecidos asesinos, ladrones y estafadores, pero ninguno de ellos me había hecho sudar como estaba haciéndolo el viejo camarada de mi padre—. Lo haría encantado si tuviera tiempo, pero es que no lo tengo. En estos momentos estoy ocupado con otros asuntos que no puedo dejar de lado, no sería nada profesional ni honesto con mis clientes. Ni ético, por supuesto.

—¿Demostrar que unas cuantas burguesitas de la Gran Vía ponen los cuernos a sus imbéciles y ricos maridos es más importante que lo que yo te he pedido? No es eso lo que te hemos enseñado, Goiko.

Lo único que me había enseñado en su vida Garmendia era a hacer trampas jugando al mus y a distinguir un vino bueno de uno picado, y seguramente a esos útiles conocimientos habría llegado yo solo, sin necesidad de ningún maestro, pero opté prudentemente por no comentárselo.

—No se trata de que sea más importante o menos importante —le dije satisfecho, porque acababa de encontrar el argumento con el que iba a poder derrotarle sin la menor duda—, sino de cumplir con los compromisos previamente adquiridos. He dado mi palabra y como tú mejor que nadie puedes comprender, la palabra de un vasco es sagrada.

—Sí, claro, eso es totalmente cierto, la palabra de un vasco es sagrada, por supuesto — durante unos pocos segundos pareció que mi argumentación había hecho mella en su espíritu,

pero habría sido la primera vez en su vida que ese viejo zorro se diera por vencido—, pero... Mira, Goiko, lo entiendo, claro que lo entiendo. Por eso no te pido que lo hagas por nosotros, sino por la Virgen.

—¿Por la Virgen? —no pude ocultar mi extrañeza.

—Sí, claro por la Virgen. Por la Amatxu de Begoña. ¿O es que ya lo has olvidado? Si Goiko Bis y Gurutze —Gurutze era el nombre de mi madre— levantaran la cabeza... —sacudió la suya con tristeza, como si de repente acarreará encima de su enjuto y castigado cuerpo toda la tristeza del mundo.

Me cagué en todos sus muertos, aunque sólo mentalmente, por pura prudencia. Si lo de antes había sido chantaje emocional, lo de ahora era un ataque en toda regla con misiles, acorazados, torpedos, submarinos y bombas de neutrones asediándome por tierra, mar y aire.

—No, no lo he olvidado —balbuceé torpemente, sin saber qué responder y consciente de que el chantaje sentimental había funcionado.

Suele ser costumbre entre los grupos de txikiteros ir dejando dinero en huchas colocadas en algunos bares de confianza para donar posteriormente la cantidad recogida a instituciones benéficas. Y como muchos de ellos son devotos de la Virgen de Begoña, que incluso tiene una hucha propia con su hornacina correspondiente desde el único lugar en el Casco Viejo desde el que se puede ver su basílica, algunos llaman a esos donativos el dinero de la Virgen. Conociendo a Garmendia y a la gente con la que se codeaba no me extrañaría nada que hubieran recaudado una cantidad importante de euros. Aunque eso no era lo más importante. Daría lo mismo si esa cantidad fuese pequeña, lo realmente importante era el motivo. Y alguien les había robado el dinero que habían estado ahorrando en su hucha, el dinero de la Virgen. Por eso estaba allí Garmendia, para pedirme que lo recuperara. Y aunque había intentado resistirme lo más que podía, algo en mi interior me decía que iba a claudicar. Como, en efecto, ocurrió.

—De acuerdo, Garmendia —dije finalmente—. Me haré cargo del caso. Aunque no te prometo nada, ya sabes que tengo otros asuntos entre manos a los que también debo dedicar parte de mi tiempo.

—Por eso no te preocupes. Te lo vamos a poner en bandeja, porque sabemos quién es el ladrón —hizo una pausa dramática antes de proporcionarme el nombre del presunto ladrón—: Se trata de Parlevú. No sé si le conocerás. Es un tipo bajito y rechoncho, que siempre va con txapela —como el cincuenta por ciento de la cuadrilla, pensé, pero me abstuve de comentarlo en

voz alta. Garmendia era un hombre afable, como ya he dicho, pero dudo mucho que aprobara mi sofisticado sentido del humor—. Su nombre verdadero es Eugenio Larramendi, pero como estuvo exiliado durante bastantes años en Iparralde acabó aprendiendo francés y cada vez que le presentan a una persona le pregunta eso de *Parlez-vous français?*, de ahí que se quedara con el apodo de Parlevú.

—No, no tengo el gusto de conocerlo —contesté, sin disimular mi desconcierto—, pero si ya sabéis quién es el ladrón no sé para qué me necesitáis a mí.

—Parece mentira, Goiko, que con lo espabilado que era tu padre tú hayas salido tan cortito. No te ofendas, que es una broma —añadió riéndose, aunque un sexto sentido me decía que quizás lo pensaba de verdad—, pero es que tienes cada cosa... Mira, Parlevú es un buen tipo y un buen amigo. Si se ha quedado con ese dinero seguramente es porque lo necesita, no porque sea un ladrón ni un delincuente. No podemos ir donde él y humillarlo diciéndole que sabemos lo que ha hecho. En cambio, si lo descubre un detective, y ese detective promete no delatarlo a cambio de la devolución del dinero, la cosa sería muy diferente. Más adelante ya nos arreglaríamos entre nosotros para aliviar su situación sin que su dignidad sufra ningún menoscabo.

Entendí lo que me decía. La verdad es que serían una panda de borrachuzos, pero eran, por lo general, muy buena gente. Así que me limité a decirle que de acuerdo, que me pondría en marcha enseguida y le pedí que me facilitara la dirección del tal Parlevú.

No sólo me proporcionó la dirección, sino que también me dio la llave de su domicilio.

—¿Y eso? —le dije—. ¿Para qué me das la llave?

—¿Tú para qué crees? —me contestó indignado—. ¿Para que la subastes en una rifa benéfica? Menudo detective de mierda estás hecho.

Debía estar muy enfadado por mi comentario, ya que Garmendia, en general, no era proclive al sarcasmo. No, al menos, el Garmendia que conocía desde que era un criajo que aún vestía pañales. Pero estaba hasta los cojones de su actitud condescendiente, de esa mirada que parecía decir que yo, para él, seguía siendo el chaval de Goiko Bis. Una cosa es que mostrara el obligado respeto por los componentes de la vieja cuadrilla de mi padre, incluso que a algunos, como al propio Garmendia, les tuviera cierto afecto, y otra muy distinta que fuera a permitir que me trataran como un trapo. ¡Qué coño!, había rebasado la cincuentena, ya no era aquel niño al

que le sacaban un Kas de naranja y unas aceitunas en el bar para que se quedara tranquilo y no les molestara. Así que decidí no reprimirme.

—Por supuesto que soy un detective, viejo carcamal. Y de los mejores —esto no tenía previsto decirlo, no soy tan fátuo, pero es que estaba embalado, como un mihura delante de un trapo rojo. Ése, al menos, era el efecto que Garmendia estaba provocando en mi habitualmente humilde persona—. Y por eso mismo sé que no se puede irrumpir en un domicilio ajeno, aunque milagrosamente hayan llegado a tus manos las llaves del mismo, sin un motivo justificado. Allanamiento de morada se llama esa figura. Y está castigada por el Código Penal. Para ser más exactos con prisión menor, entre seis meses y dos años.

—Así que soy un viejo carcamal, ¿no? —no parecía molesto por haber sido calificado de ese modo sino, más bien al contrario, orgulloso—. Mira, Mikeltxu —nadie me había llamado así en los últimos cuarenta años—, no me creo que nunca hayas entrado ilegalmente en un domicilio.

—Por supuesto que no —mentí sin titubear ni un instante—, ni como policía ni como detective he cometido jamás una ilegalidad.

—Vale, si crees que por tener noventa años estoy chocho y he perdido mis facultades, de acuerdo. Pero no cuela. Además, aunque pienses que soy un viejo carcamal —pareció regodearse mientras pronunciaba esas palabras— todavía tengo más sentido común que todos los de vuestra generación juntos. Y este viejo carcamal lo tiene todo previsto. Si tengo las llaves de Parlevú es porque él me las ha proporcionado. Vive solo, por eso me las dio, para que pudiera echar un vistazo si no sé nada de él durante varios días. Y como hace ya casi una semana que no ha aparecido por los bares de siempre he pensado que ha llegado el momento de utilizarlas. Lo malo es que el reuma, ya sabes que los viejos carcamales —volvió a reírse al pronunciar esas palabras, se veía que se encontraba en su salsa— solemos padecer habitualmente de reuma, me impide cumplir con mi cometido. Por eso te he pedido a ti, que eres el hijo tonto de un viejo amigo y de total confianza, que lo hagas en mi lugar.

No estaba mal pensado, si me olvidaba de lo que acaba de decir sobre mi persona. No es que estuviera muy convencido de que si me pillaban entrando de extranjis en la casa del bueno de Parlevú la historia que había pergeñado Garmendia fuera suficiente para evitarme un problema, pero tampoco creía que la sangre pudiera llegar al río. Las cuadrillas de txikiteros tienen un código interno muy sólido y respetado así que, con toda seguridad, Garmendia convencería a su amigo de que era mejor no denunciarme. Sobre todo si, como pensaba el viejo

camarada de mi padre, había robado el dinero de la Virgen. Lo que estaba por demostrar, cuestión que me tocaba a mí averiguar y probar, llegado el caso.

Sí, pensé, he estado metido en peores situaciones. Incluso había llegado a dar, en el pasado, con mis huesos en la cárcel. Pero jamás, ni en mis peores pesadillas, habría llegado a sospechar que acabaría trabajando para Garmendia y sus compañeros de correrías étlicas y benéficas. En fin, suspiré mientras recogía las llaves que me tendía mi nuevo cliente, para todo había una primera vez.

Como tampoco era cuestión de irrumpir así como así, sin ningún motivo plausible, en casa del tal Parlevú, por mucha llave de su vivienda que tuviera, opté por intentar entrevistarme con él de un modo más convencional, dentro de lo que es mi trabajo, que por lo general no es nada convencional. Por lo que me había dicho Garmendia, el ladrón de la colecta de la Virgen había estado refugiado en Iparralde muchos años, así que decidí presentarme ante él como un periodista que estaba elaborando un reportaje sobre eso tan de moda de la «memoria histórica». Supuse, movido por la experiencia, que la edad proveccta del txikitero y sus hipotéticas aventuras en el exilio le habrían convertido en un imitador del abuelo Cebolleta. Aunque quizás quien estuviera fuera de onda era yo, porque recuerdo que cuando en una ocasión hice esa comparación delante de la joven hija de un amigo me respondió que desconocía por completo quién era ese entrañable personaje de los tebeos que yo devoraba cuando tenía diez años.

Cebolleta o cebollino, el problema consistía en que no atendía mis llamadas telefónicas. Eso es algo que me suele ocurrir con asiduidad, aunque normalmente a partir de la segunda llamada, cuando quien está al otro lado de la línea ya sabe quién soy y qué es lo que pretendo, pero al menos suelen coger la primera vez. En cambio don Eugenio Larramendi, por mal nombre Parlevú, ni siquiera me atendió en esa primera ocasión. Y como no creía que tuviera poderes paranormales y supiera quién le llamaba y con qué objetivo, ese hecho me dio muy mala espina. Aunque tampoco me extrañó demasiado, el propio Garmendia me había dicho que hacía tiempo que no se juntaba con la cuadrilla, lo que por otra parte, si de verdad era el ladrón, no dejaba de ser lógico. Seguramente le daría vergüenza presentarse ante sus viejos amigos. De todos modos, dos mil cuatrocientos euros es una bonita cantidad, aunque no tanto como para desaparecer de

escena. Como mucho podría tirarse unas cuantas semanas en una casa rural, pero tampoco daba mucho más de sí.

No me quedaba más remedio que acercarme a su domicilio. Me quemaban las llaves en el bolsillo. No tenía sentido, no era la primera vez que iba a allanar una morada y, en cierto modo, la justificación que me había proporcionado Garmendia era válida. Al fin y al cabo el propietario se las había dado, por si acaso... Y ese «porsiacaso» ya había llegado. Que en lugar de Garmendia fuese yo quien apareciese por la casa tenía sentido, debido a la edad del viejo amigo de mi padre, que ya no estaba para muchos trotes. Bueno, la verdad es que si hubiese dicho esto delante de él me hubiese endilgado una buena hostia, pensé sonriendo.

Como soy muy dado a las reflexiones sesudas reflexioné que un edificio antiguo y decrépito como el de Parlevú estaría habitado por personas igualmente viejas y decrépitas. Y ese tipo de personas son muy dadas a la cháchara para aliviar su soledad y aburrimiento, así que decidí contactar con alguna de ellas antes de personarme en la vivienda del presunto ladrón de la colecta de los txikiteros.

Las autoridades suelen advertir continuamente a los honestos ciudadanos que no abran la puerta a los desconocidos, pero siempre hay algún alma cándida que cuando tocas el timbre del portero automático y a la pregunta de «¿quién es?» respondes «soy yo», te abren. En mi caso fue al tercer intento, lo que no está nada mal.

El portal, ya de por sí oscuro por lo ennegrecido de las paredes, estaba alumbrado por una bombilla que desafiaba todas las leyes de Newton, en el caso de que hubiera más de una, sobre la gravedad. Pero aunque escasa, la iluminación era suficiente como para que pudiera escudriñar en los buzones. En varios de ellos aparecía más de un nombre, por lo que supuse que en los pisos correspondientes vivirían familias o personas que sin serlo compartían vivienda, bien por amistad bien por aminorar costes. Había sólo cuatro en los que podía leerse un único nombre. Uno era el del propio Parlevú, así que lo descarté automáticamente. De los otros tres, había uno correspondiente a un hombre, que también deseché en un primer momento. No me apetecía tener que enfrentarme a un epígono de Garmendia. Ya habría tiempo de hacerlo si las otras opciones resultaran finalmente baldías. Además, como he comprobado en múltiples ocasiones, mi encanto funciona más con las mujeres de edad madura que con los hombres de similar jaez. Tenía que optar por cualquiera de las otras dos. Leí sus nombres: Ibone Andueza y Gotzone Eñotaburu. Volví a fijarme en el apellido de esta última: Eñotaburu. Quedaba ya muy poca gente que acentuara la erre en lugar de escribir con la erre doble, como se hacía antaño. A los detectives

experimentados no se nos escapa el menor detalle y ese en concreto me llevó a pensar que doña Gotzone seguramente era contemporánea de don Diego López de Haro, el fundador de Bilbao. Acerté.

No sólo tenía todo el aspecto de haber conocido al más famoso Señor de Bizkaia, sino que seguramente podría haberle amamantado. Pero aun así me recibió lo más enhiesta posible que pudo, sin ningún recelo ni temor.

La casa no tenía apenas ningún adorno. Se la veía no ya humilde, sino pobre. Necesitaba una buena mano de pintura, a la madera del suelo le habría venido bien un concienzudo repaso y la humedad que se veía en sus paredes era más que suficiente para la cría de champiñones a gran escala, pero en la medida de lo posible estaba limpia y arreglada. Y ordenada, muy ordenada, no había nada fuera de su sitio. Intenté tomar nota mental de esto último, por si podía llegar a aplicarlo a mi propia vivienda, aunque sabía que todo esfuerzo que hiciera en ese sentido iba a ser completamente en vano. Hay fuerzas de la naturaleza contra las que ni yo mismo puedo luchar.

—¿Quiere tomar algo? ¿Un vaso de agua?

Le dije que no, aunque se lo agradecí. El ofrecimiento, como de pasada, del vaso de agua tras preguntarme si quería tomar algo me indicaba que la buena mujer no estaba muy bien provista de bebidas y no quería ponerla en un compromiso. Cuando me preguntó qué deseaba de ella en concreto le endilgué el cuento que tenía preparado para el propio Parlevú, aunque ante ella usé su nombre real, Eugenio Larramendi, de que era un periodista que estaba preparando un reportaje en torno a la memoria histórica. Como sospechaba desde un principio, doña Gotzone se mostró totalmente de acuerdo.

—El señor Larramendi es una buena persona —me dijo—, siempre dispuesto a ayudar a los demás. Supongo que sabrá que estuvo exiliado en Iparralde, ¿no? Era muy amigo y compañero de clandestinidad de mi difunto marido Marcos, el propietario de «Arroces Marcos», una tienda muy conocida del barrio. Seguro que usted ha oído hablar de ella, era un comercio emblemático en el Casco Viejo. Desgraciadamente cuando falleció yo no tenía fuerzas para continuar con el negocio y pasó a la historia. Ahora, donde estaba nuestra tienda han puesto un kebab.

La verdad es que jamás había oído hablar de «Arroces Marcos», pero le dije que sí, que me sonaba, no fuera a narrarme la historia de la tienda con todo lujo de detalles, desde su fundación hasta el día que bajó la persiana. Intenté que se centrara de nuevo en Parlevú y volvió

a hablarme de él como si fuese una reencarnación de Gandhi o de la hermana Teresa de Calcuta. Tal y como hablaba de él, un mal pensado habría sacado la conclusión de que la señora engañaba al bueno de Marcos, el de «Arroces Marcos», con su vecino, lo que seguramente hubiese sido injusto. La señora Érotaburu tenía toda la pinta de ser una de esas mujeres educadas a la antigua usanza que creían firmemente que cualquier pensamiento impuro era un pecado mortal que podía enviarte, derechito y sin escalas, al Infierno.

Una de las consecuencias de la soledad es que te aferras a cualquier persona dispuesta a escucharte y darte conversación y aunque mi máxima virtud no es precisamente la paciencia, años de oficio me han entrenado para saber escuchar, incluso para saber alentar a la gente para que siga hablando. Por eso estuve casi dos horas con doña Gotzone, aunque no fue mucho lo que saqué en claro. Salvo una cosa, que hacía varios días que no veía al señor Larramendi ni se cruzaba con él en la escalera.

—No le habrá ocurrido nada, ¿verdad? —me preguntó alarmada, como si de repente se diera cuenta de lo que podría significar lo que acababa de decirme.

Intenté disipar sus temores, pero no las tenía todas conmigo. De hecho, mientras me dirigía al domicilio de Parlevú, tras prometerle a doña Gotzone que en cuanto tuviera un ratito volvería a visitarla, los peores presagios empezaron a revolotear sobre mi cabeza. Y cuando entré en la casa comprobé que había acertado. Don Eugenio Larramendi, más conocido entre sus amigos como Parlevú, yacía tumbado en su cama, sobre un charco de sangre. Encima de la colcha podía verse una escopeta de caza con los cañones recortados. Eché un vistazo, intentando no alterar la escena, sin encontrar a primera vista nada especialmente significativo. Finalmente, mientras en mi interior maldecía a Garmendia y a toda su cuadrilla de txikiteros al borde de la extinción, llamé a la Ertzaintza.

—Olvídate de teorías extrañas, Goiko. Larramendi se suicidó, no hay ninguna duda a ese respecto.

—¿Estás completamente seguro?

—Pero mira que te gusta tocarme los cojones, Goiko. ¿Tú qué crees?

Eneko Goirizelaia, además de ser un viejo compañero de la Ertzaintza era también un buen amigo que me conocía lo suficiente como para estar seguro de que le creía. En realidad, ambos lo sabíamos, mi comentario no era sino el pretexto para que me contara la parte de la historia que aún no conocía.

—Lamento que no puedas entregarte a una de tus estrambóticas especulaciones, pero es uno de los casos más fáciles que hemos tenido nunca —continuó hablando sin esperar mi respuesta—. Tanto por la trayectoria del disparo como por el lugar en el que se encontró el arma, la Científica ha llegado a esa conclusión. Además, como sería deseable que hiciera todo buen ciudadano, nos dejó una carta escrita de su puño y letra, nuestros grafólogos lo han comprobado, en la que declaraba solemnemente, esto último no me lo invento yo, es lo que dice él en su carta, «solemnemente», que había decidido quitarse la vida porque no podía soportar el deshonor de haber robado a su cuadrilla el dinero de la colecta de la Virgen. De todos modos hemos preguntado también a los vecinos si observaron algo fuera de lo corriente, si sabían si había recibido algún tipo de amenaza o se le veía inquieto, más que nada por pura rutina, pero no hemos encontrado nada raro o que nos haga pensar que no se haya producido él mismo la muerte, de un modo totalmente voluntario.

—Sí, parece claro que fue un suicidio —reconoció finalmente. La verdad es que en ningún momento sospeché lo contrario, pero lo que acababa de explicarme mi amigo había disipado cualquier duda que hubiese tenido con anterioridad. Aun así conocía perfectamente a Eneko y sabía que no me estaba contando todo lo que sabía.

—En realidad se trata de algo que no tiene demasiada importancia —admitió mi viejo compañero cuando se lo dije—. Unos días antes del fijado por el forense para fechar su muerte, Larramendi sacó todo el dinero que tenía en su libreta de Kutxabank, pero al registrar su casa tan sólo encontramos ciento ochenta siete euros con treinta y dos céntimos. Del resto no había ningún rastro. Ni un ticket de compra ni nada que pareciera ser reciente. Era como si se todo ese dinero se hubiese volatilizado. En otro momento habríamos seguido la pista del dinero, como bien sabes, pero no tenía ningún sentido hacerlo una vez quedó establecido sin la menor duda que se trataba de un suicidio.

—¿Podía estar sufriendo un chantaje?

—También lo pensamos, pero no encontramos nada que avalara esa hipótesis. Además, en ese caso, una vez tomada la decisión de suicidarse, ¿por qué no explicarlo en la nota que dejó? Lo mismo que habló en ella de su vergüenza por haber robado a sus amigos podría haber

denunciado también el chantaje, en caso de existir. Joder, Goiko, estamos hablando de un hombre de ochenta y nueve años que había sufrido cárcel y exilio por sus ideas, que recibió más de una paliza por parte de la policía de Franco y que posteriormente no dejó de pelear en las asociaciones de vecinos y pensionistas mientras se lo permitieron sus fuerzas. Un hombre al que no le tembló la mano a la hora de descerrajarse un tiro con una escopeta de cañones recortados. Si hubiera estado sufriendo un chantaje, el que habría recibido la descarga habría sido, con toda seguridad, el chantajista.

Eneko tenía razón y no me quedó más remedio que reconocerlo. Era un asunto bastante triste, pero muy claro. Así se lo expliqué a Garmendia que, por cierto, fue quien se ocupó, junto al resto de su cuadrilla de txikiteros, de organizar las exequias fúnebres. Les había robado, pero seguía siendo uno de ellos.

Mi perspectiva dio un vuelco unos días más tarde, mientras leía la prensa diaria. En uno de los periódicos aparecía un artículo que podía haber sido copiado, perfectamente, de una película de Frank Capra, una de esas historias que te hace recobrar la fe en la humanidad, aunque sepas perfectamente que suelen ser la excepción y no la regla.

Ese mismo día, sin perder ni un segundo, cogí el metro y me acerqué hasta el Casco Viejo. La señora Gotzone Érotaburu no se encontraba en su domicilio, pero la esperé pacientemente en el portal. Cuando por fin llegó no sólo me reconoció al momento, sino que incluso se alegró de verme, lo que me ratificó en mi idea de que, para mi desgracia, tengo más éxito con las ancianas que con las jóvenes. Tan sólo lamentó que hubiese tenido que esperarla, pero se excusó explicándome que había acudido a la misa que se oficiaba a esas horas en la cercana parroquia de San Nicolás antes de preguntarme a qué se debía que la estuviera esperando.

Sólo le hice una pregunta: Cuánto dinero debía por el alquiler de su piso.

Como era una época en la que no abundaban las noticias el redactor del periódico que había leído esa misma mañana se había explayado al explicar cómo, milagrosamente, una anciana del Casco Viejo había evitado un inminente desahucio porque alguien, que prefirió escudarse en el anonimato, había ingresado en su libreta el dinero que debía a su casero, uno de esos fondos buitres que últimamente tanto proliferaban. Aunque no se daba el nombre de la beneficiada, de la lectura del artículo deduje que con toda probabilidad se trataba de la vecina de Larramendi. El resto consistió en efectuar una simple operación aritmética. El dinero que había sido sacado de la libreta de Parlevú, más lo que había robado del cepillo de la Virgen de los Txikiteros, menos los ciento ochenta y siete euros con treinta y dos céntimos que la Ertzaintza había encontrado al

registrar su domicilio, era exactamente la cantidad que doña Gotzone Eñotaburu debía a sus acreedores.

—¡Joder!, así que se trataba de eso. ¿Por qué no nos lo dijo? ¿Para qué se creía ese gilipollas que estamos los amigos?

Durante unos segundos temí que Garmendia diera un fuerte puñetazo sobre la mesa y me la destrozara, a pesar de ser de roble macizo, pero se contuvo a duras penas. Le había citado en mi despacho para explicarle lo que había ocurrido con su viejo camarada de txikiteo y lo que acababa de escuchar de mis labios le había colocado en un estado que durante unos minutos pensé que tendría que llamar al 112 porque tenía toda la pinta de que le iba a dar un colapso. Finalmente, poco a poco y sin dejar de llamar imbécil al amigo difunto, se fue recuperando.

—Si nos hubiera pedido ayuda no habría tenido que llegar a esos extremos, maldito imbécil. ¿Sabes qué es lo más gracioso de todo, Mikeltxu? —volvió a utilizar el nombre que siempre había odiado o, al menos, desde que hice la primera comunión—. Que seguramente la Virgen estará encantada con que el dinero que habíamos reunido haya servido para evitar el desahucio de esa pobre mujer. Así que, después de todo, Parlevú no nos robó, simplemente se adelantó al utilizar ese dinero de un modo que todos en la cuadrilla habríamos aprobado.

Los ojos de Garmendia, un hombre que a sus noventa años había vivido de todo y las había pasado putas en más de una ocasión sin rendirse jamás, empezaron a humedecerse. Ese fue el momento que elegí para ponerme a revisar unos documentos que reposaban encima de la mesa. No por discreción ni por respeto al viejo compañero de fatigas de mi padre, sino para que él no se percatara de que me estaba ocurriendo lo mismo.

Relato de ©José Javier Abasolo. Todos los derechos reservados.

Portada de ©Josevi Blender

Edición: ©[Revista MoonMagazine](#)

MOON MAGAZINE

Todos los artículos y textos de Revista MoonMagazine están sujetos a derechos de propiedad intelectual. Está prohibida su utilización (descargas, copias, duplicados y capturas) en cualquier medio sin el consentimiento expreso y por escrito de los autores y de la revista. Copyright MoonMagazine.info © Todos los derechos reservados.